

Hoffman, Odile. **Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco). revisión de algunas nociones.** *En publicación: Documento de trabajo no. 36.* CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Valle del Cauca, Cali, Colombia: Colombia. abril. 1999 0122-5944.

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento36.pdf>

[www.clacso.org](http://www.clacso.org)

**RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO**

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

[biblioteca@clacso.edu.ar](mailto:biblioteca@clacso.edu.ar)

## **Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco), revisión de algunas nociones**

**Odile Hoffmann, CIDSE-ORSTOM, abril 1998**  
**Documento de trabajo**

### **RESUMEN**

La familia está en el corazón de las representaciones que acerca de las poblaciones negras se hacen los “no-negros”, en términos de “particularidad”, “alteridad” y “diferencia cultural”. Tema de estudio desde hace varias generaciones, la “familia negra” sigue suscitando interpretaciones encontradas, construidas alrededor de nociones polémicas como son, por ejemplo, la matrifocalidad, la inestabilidad conyugal y en general la alta movilidad familiar.

A partir de dos estudios de caso, en un río del Pacífico en la actualidad (Mejicano, Tumaco), intentamos despejar algunos “lugares comunes” e introducir conceptos y modelos susceptibles de criticarse, confirmarse o rechazarse mediante otros estudios de caso. La combinación de un registro preciso de las relaciones genealógicas, con un enfoque espacial que ubica los individuos y las relaciones en ámbitos espaciales diferenciados -el de la vereda, del río, de la ensenada, del Pacífico- permite adelantar algunas hipótesis y nutrir un debate que sigue abierto.

figura 1: El municipio de Tumaco y la ubicación del río Mejicano

figura 2: el río Mejicano y sus veredas

figura 3: el río Mejicano y sus esteros

figura 4: la vereda de Bellavista, la conformación espacial

figura 5: la vereda de Santa rosa, la conformación espacial

cuadro 1: el universo de estudio

cuadro 2a: Bellavista, personas con uniones sucesivas

cuadro 2b: Santa Rosa, personas con uniones sucesivas

### **Anexo**

cuadro 3: proporción de descendientes que se quedan en las veredas (tasa de retención)

cuadro 4: lugares de residencia, por generación

cuadro 5: lugares de origen de los cónyuges de G3 (Bellavista)

cuadro 6: lugares de origen de los cónyuges de G4 (Bellavista)

cuadro 7: lugares de residencia de los miembros de G3 (Bellavista)

cuadro 8: lugares de residencia de los miembros de G4 (Bellavista)

cuadro 9: origen de los cónyuges y residencia: la no-coincidencia

## **Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco), revisión de algunas nociones**

**Odile Hoffmann, CIDSE-ORSTOM, abril 1998**

La familia está en el corazón de las representaciones que acerca de las poblaciones negras se hacen los “no-negros”, en términos de “particularidad”, “alteridad” y “diferencia cultural”. Desde la Constitución de 1991 que reconoce la multiculturalidad nacional y propicia oficialmente nuevos espacios de expresión para las poblaciones negras de Colombia, la cuestión de las “particularidades” se ha vuelto estratégica en dos sentidos principalmente. Por un lado permite la construcción de un corpus ideológico basado en las diferencias y las especificidades de las sociedades afrocolombianas, que a su vez legitiman ciertas posturas políticas, y sobre todo ciertos actores en sus quehaceres políticos. Por otro lado, constituye el marco de la aplicación de la ley 70 en cuanto a titulación colectiva y reconocimiento de territorios de las comunidades negras del Pacífico.

La familia es un tema estratégico y polémico en el mundo académico, con alcance práctico en la elaboración de modelos de desarrollo y de políticas, sean nacionales o internacionales, del gobierno o de entidades privadas (planes de desarrollo, CVC, PLAN PACIFICO, ONG como Plan Internacional, CVC, cf. Escobar y Pedroza (1996). Desde tiempo atrás se viene trabajando sobre este tema.

En los años 40, la clásica imagen de familias “incompletas”, donde el padre es ausente y la madre responsable de la reproducción material y no-material (espiritual, afectiva, simbólica, cultural...) de la familia, se interpretó en términos de “patología social”. Esta, si bien se puede explicar por motivos históricos (esclavitud, emancipación tardía, urbanización acelerada, migraciones generalizadas, etc.), desaparecerá con la “aculturación” de estas poblaciones y su asimilación a la sociedad nacional (teoría de Frazer). Más tarde, se adoptó un enfoque de tipo culturalista, que veía en las peculiaridades de las organizaciones familiares de las poblaciones negras en América (papel preponderante de la mujer, uniones múltiples...) no una “patología” sino rasgos culturales esencialistas, de origen africano (como la poligamia) con algunas matices propiamente americanos (Herskowitz). Ultimamente, se revisan ambas teorías y se refutan las interpretaciones que se hicieron de las “particularidades” de “la familia negra” en términos de matrifocalidad, subrayando los factores históricos y económicos que influyen en las composiciones familiares, y sobre todo las continuas transformaciones que afectan, en todas las sociedades, supuestos “modelos esenciales” como el que ve en “la familia” el núcleo básico, estable y permanente de la socialización y reproducción de la sociedad (Bastien Remy, Smith)<sup>1</sup>.

Sin embargo a pesar de estos debates, sigue difundiéndose tanto en algunos medios académicos como en los políticos y de la administración encargada de llevar a cabo proyectos de desarrollo, imágenes y representaciones esquemáticas que privilegian elementos aislados (la “deserción” de los padres, la multiplicidad de uniones, la frecuencia de los “hijos de crianza”, la predominancia de las relaciones de parentesco sobre otros tipos de relaciones sociales) sin contemplar el conjunto de relaciones. Son relativamente pocos los estudios serios de caso recientes<sup>2</sup>, y a pesar de que los que hay van en contra de los estereotipos mencionados (cf. Mosquera 1993 y proyecto en curso, Losonczy 1992), persisten las interpretaciones que tienden a apoyarse en las especificidades de “la familia negra” para construir “teorías de la diferencia”, con todos los riesgos que éstos conllevan.

---

<sup>1</sup> Aquí me inspiro en la conferencia de Manuel Palacios sobre la familia negra en Colombia, Universidad del Valle, Cali, oct. 97.

<sup>2</sup> Restrepo en su revisión bibliográfica menciona unos 12 títulos dedicados al parentesco, en especial a la familia, entre los cuales están 6 tesis, de la década de los años 1970 o primera mitad de los 80 en su mayoría. Ultimamente se vuelve a trabajar el tema, cf. por ejemplo dos tesis recientes, de Cucalón y Martínez 1993, y Lemos y Rodríguez 1992.

Aquí vale la pena recordar otros clásicos que apelan a la vigilancia: N.Elias en Inglaterra de los años 1950 también encuentra situaciones donde la mujer -y en particular la madre- juega un papel fundamental en la familia, en un pueblo obrero cercano a Londres (Elias, 1965, ed.1997). Lo mismo ocurre en casi todas las metrópolis latinoamericanas actuales. Por otra parte, el mismo N.Elias llama la atención sobre posibles mal-interpretaciones debido a carencias de teorización y metodología errónea: si se trabaja exclusivamente sobre familias a partir del modelo “occidental” de familia nuclear, lógicamente se interpretarán las otras configuraciones como “desviaciones” o situaciones “anormales” por un lado, y se menospreciará otros ámbitos de socialización como pueden ser, en su caso, el vecindario. (Elias citando estudios de la misma época, en Inglaterra: Young y Willmott, 1962 y Bott 1957). Asimismo, Bourdieu recuerda que la familia no es otra cosa que una invención sociológica, con funciones y medios que evolucionan constantemente según los fines y los recursos de que disponen sus miembros, en cuanto actores sociales inmersos en la sociedad global, y no sólo miembros de una familia (Bourdieu 1997).

Con estas observaciones en mente, quiero presentar aquí algunos datos concretos, de un río del Pacífico en la actualidad, que podrían ayudar a despejar algunos “lugares comunes” y a introducir algunos conceptos y modelos susceptibles de criticarse, confirmarse o rechazarse mediante otros estudios de caso.

### **El método, el río Mejicano y el universo de estudio**

Como bien lo señala Elias, el escogimiento de las unidades de análisis contiene en sí teorizaciones implícitas acerca de los objetos de estudio. Frente a este problema, optamos por construir una trama *descriptiva* basada en dos conceptos: la convivencia física de personas en un mismo lugar, y su pertenencia a una misma “malla” de *parentela*<sup>3</sup> objetivizada a través las relaciones genealógicas que las unen.

Hablamos de “malla” para evitar confusiones con la noción de “red” que sería, a nivel teórico, la malla organizada alrededor de ciertas relaciones y pautas de comportamientos. Por ejemplo, la malla genealógica completa (digamos, de los fundadores hacia los descendientes sobre 4 generaciones) no implica que exista una red estrictamente correspondiente a este conjunto de personas, sino que puede existir varias redes en su interior, o al contrario que la conformación de las redes no siga las relaciones genealógicas. Siguiendo a Quintin, más que “un método eficaz para la recogida de información” como se concebía a principios de siglos, “la genealogía puede ser considerada como un conocimiento puesto en juego para el desarrollo de estrategias sociales” (Quintin 1997)<sup>4</sup>, por lo que no debemos confundir la “malla” genealógica con las relaciones de parentesco.

Por su lado, la noción de “convivencia” gira alrededor del hecho de compartir comida y fogón (criterio usado en estudios de demografía y estadísticas), es decir compartir buenas y malas suertes con otros individuos, en la cotidianeidad que representa el comer y dormir bajo un mismo techo (la “casa”, reconocible por sus características materiales de ocupación del espacio). Esto no implica que sea la unidad social elemental “por excelencia”, ni que se deba confundir con otras unidades, que habrá de reconocer al avanzar la investigación y que no tienen traducciones materiales obvias (aquí pienso en la distinción clásica en antropología entre grupo doméstico y grupo básico de parientes, cf. González Echavarría, 1994:93, o unidad doméstica y unidad de producción familiar en sociología, cf.O.de Oliveira, Pépin Lehalleur y Salles, 1989).

La reconstrucción genealógica se llevó a cabo sobre 4 generaciones a partir de “los fundadores”, que llegaron a esta parte del río e hicieron sus primeras casas. A cada individuo se asocian informaciones relativas a su lugar de nacimiento, su lugar de residencia actual o principal, sus etapas residenciales y sus uniones y descendencias. Se registraron únicamente los “residentes”, aun parciales, en la medida en que conservaron o conservan casa en la vereda. A cada generación, se “pierden” así los hijos de emigrados definitivos.

<sup>3</sup> La parentela se define, siguiendo a Goodenough como “un grupo de personas con un pariente en común, al que se vinculan por medio de lazos establecidos a través de hombres y de mujeres, sin que todos los integrantes del grupo fueran parientes entre sí” (citado por González Echavarría, 1994:27).

<sup>4</sup> Ver también los excelentes estudios reunidos en la Revista Communications, 1994, n°59, titulada Générations et filiation.

El Mejicano es uno de los cinco principales ríos de la ensenada de Tumaco ([figura 1](#)), a unos 3-4 horas de la ciudad que cuenta actualmente con 100 000 habitantes aproximadamente. Se pobló a fines del siglo XIX y principios del XX por gente de Barbacoas, que huía de la Guerra de los Mil Días y también de la mina -en crisis desde la mitad del XIX-, a la vez que pensaba aprovechar la explotación de la tagua y el caucho que conocía un cierto auge en esta época. El maremoto de 1906 también contribuyó a poblar las partes medias y altas de los ríos, con la llegada de los afectados del litoral que habían visto sus casas y veredas arrasadas por la “Visita”.

El Mejicano cuenta hoy con cinco veredas consolidadas, de 100 a 600 habitantes aproximadamente, como lo muestra la [figura 2](#), además de viviendas dispersas que corresponden a una u otra vereda. El estudio contempla las veredas de Bellavista, fundada por Balbina de la Cruz, “blanca originaria de Ecuador”<sup>5</sup> y sus dos esposos sucesivos, ambos originarios de Barbacoas, y la de Santa Rosa, fundada al principio por varias parejas emparentadas, originarias también de Barbacoas, que decidieron agruparse más tarde en “pueblo”, en los años 1930.

Los registros contaron con la totalidad de la rama familiar de los fundadores en Bellavista, más otras familias, sumando 28 familias y 134 habitantes actuales (de los 285=47%). En Santa Rosa la muestra fue menor, contando con 25 familias y 139 habitantes actuales (de los 365=38%). En ambos casos se remontaron las 4 generaciones hasta llegar a los fundadores.

cuadro 1: el universo de estudio

Bellavista, 1 rama familiar	Santa Rosa, 4 ramas, 6 parejas
G1: Balbina y sus dos cónyuges: 8 hijo(a)s G2: de los 8, 6 se quedan y tienen 54 hijo(a)s G3: de los 54, 15 se quedan y tienen 69 hijo(a)s G4: de los 69, 17 se quedan	G1: 6 parejas: 23 hijo(a)s G2: de los 23, 16 se quedan y tienen 79 hijo(a)s G3: de los 79, 32 se quedan y tienen 113 hijo(a)s G4: de los 113, 55 se quedan
NB: total de la vereda: 57 casas y 285 habitantes (G3, G4 y desc.)	total de la vereda: 72 casas y 365 habitantes (G3, G4 y desc.)

La generación G1 es la de los fundadores, llegados adultos al final del XIX.

La generación G2 cuenta con personas nacidas hacia 1910.

La generación G3 se compone de los “ancianos” de hoy, entre 50-60 años

La generación G4 es la de los adultos actuales, de aproximadamente 30-40 años (y de más jóvenes en Santa Rosa).

Los datos sobre las generaciones siguientes, G5 y G6, son incompletas y conciernen a una población demasiado joven para poder analizar sus comportamientos residenciales y/o matrimoniales.

Antes de discutir algunas nociones ligadas a las composiciones familiares en el Mejicano, vale la pena resaltar algunas características que permitan o bien facilitar, o al contrario relativizar la comparación con otros estudios llevados a cabo en el Pacífico.

El río Mejicano, al igual que la mayoría de los campos del municipio de Tumaco, conoce una alta emigración desde por lo menos varias décadas, acelerada desde los años 1980 (ver más adelante), relacionada en gran medida con la cercanía de la ciudad de Tumaco como centro de servicios básicos y fuente potencial de empleos, además de ser el punto de partida hacia las ciudades del interior (la carretera Tumaco-Pasto se mejoró considerablemente en los años 1980-90, permitiendo una circulación intensa de autobús hacia el interior del país).

Esta emigración reviste varias formas, desde traslados “pendulares” entre Tumaco y las veredas, hasta la emigración definitiva, pasando por situaciones de doble-residencia, en Tumaco y en el río. También es de notar que la proporción de migrantes varía considerablemente de una vereda o otra, aún vecinas (por ejemplo es significativamente mayor en Bellavista que en Santa Rosa), y que los destinos privilegiados de los migrantes también cambian de una vereda a otra (los de Bellavista y Santa Rosa van a Cali, los de Guayabo y Robles a Bogotá...). Es decir, no existe homogeneidad, y las informaciones dadas a continuación sólo pueden servir como base de interpretación, no como descripción generalizables “al Pacífico”.

<sup>5</sup> Otros hablan de ella como “chola”, hija de india y negro, de Ecuador también.

### **Las genealogías, una invención émica o una sobre interpretación?**

Los lazos genealógicos son permanentemente mencionados y reactualizados en el Pacífico, para ubicarse frente a los extraños y potenciales familiares (ubicación frente al exterior), así como para afirmar su pertenencia y solidaridad dentro del grupo de los próximos (afirmación identitaria hacia el interior).

La ubicación genealógica es un medio de legitimarse en la sociedad local - soy hijo o nieto de... - y como todo medio es susceptible de usos y manipulaciones, es decir no es sólo un mecanismo neutral de ubicación social. En todas las sociedades, la trama genealógica es un tejido relacional que posibilita ciertas jerarquías en la obtención y sobre todo en la transmisión de ciertos derechos, recursos, informaciones, prestigio, etc...

Los estudios de Nina de Friedemann en Guelmambi (Barbacoas, zona minera), en los años 1960, mostraron cómo se formaliza, a partir de relaciones genealógicas y de parentesco, la noción de “tronco”, y como ésta se compulsa hasta devenir el núcleo central de las configuraciones territoriales. La cita clásica lo expresa muy bien: “Somos ramas de troncos de árboles que crecen sobre las minas de los ríos de oro. Cada mina tiene un árbol y cada árbol se arraiga en una mina. Los troncos de cada árbol son hermanos y hermanas fundadores de las descendencias y de nuestras minas. Nosotros somos las ramas, somos los descendientes. Somos los renacientes. Cada uno de nosotros pertenece a una mina y ninguno de nosotros puede trabajar en una mina distinta a la de su tronco” (Friedemann, 1974). Así quedaba resumida la tesis central que une organización familiar, medios de producción, configuración territorial y cosmovisión.

El “tronco” existe en cuanto se reconoce un fundador - “ancestro focal” - a partir del cual, siguiendo las líneas genealógicas, se reconocen derechos y se regula el acceso al territorio y a sus recursos (mineros pero también prestigio y estatus), adentro de una “comunidad” formada por la parentela. Pero esta definición no corresponde a situaciones encontradas tanto aquí (río Mejicano, litoral Nariño) como en otras partes (cf. Motta 1975, Losonczy 1992, Restrepo y del Valle, 1996 y Stephan Khittel, com.or., que no retoman el concepto en sus respectivos análisis). Sin embargo la interpretación conoció un tal “éxito” que fue retomada de manera algo indiscriminada, e incluso influyó en las discusiones de la Consultiva Nacional para la elaboración del Artículo Transitorio 55, en 1991, antecedente de la Ley 70 de 1993.

Retomaremos la discusión al final de este trabajo. Por ahora, nos interesa solamente resaltar el hecho de que por un lado, las mallas genealógicas juegan un papel preponderante en el “ordenamiento” de la sociedad (hacia fuera y hacia dentro), y por otro lado no existen ni funcionan como “realidades biológicas”, basadas en las relaciones de filiación, sino como construcciones sociales y culturales susceptibles de transformarse en el tiempo o según los intereses de sus “usuarios”.

De manera general, para “operativizar” estas genealogías, el uso de patronímicos, reciente debido a la historia de la esclavitud que negaba la paternidad (Losonczy 1992 habla de “invención genealógica”), se revela de crucial importancia.

### **Los patronímicos**

En la actualidad el uso de patronímicos tiende a seguir las pautas del modelo hispano clásico bilateral, pero muestra mayor flexibilidad como lo indican los ejemplos siguientes:

-dos hermanos de padre y madre pueden no tener los mismos apellidos por alguna dificultad que surgió al momento del registro en Notaría e impidió el reconocimiento paternal de uno de ellos;

-un hijo puede adquirir el apellido del esposo de su madre, que no es su padre: este caso se vuelve interesante ya que indicaría la posibilidad de inclusión del hijo “entenado” en la línea paternal de un hombre que no es su padre, cosa que hasta recientemente no se hacía. Hasta donde se pudo averiguar, se tenía que los niños no reconocidos por su padre biológico conservaban el patronímico de su madre, aunque se criaran con el cónyuge de su madre, e integraban únicamente la “rama” familiar de su madre.

-encontramos casos de “confusión patronímica”, cuando un hombre se declara -y es nombrado por los demás- con el apellido de su suegro, descendiente directo de fundador, “olvidando” su propio patronímico de menor prestigio. Marca así su lealtad y pertenencia al grupo dominante.

En este contexto de relativa permisividad, el patronímico indica mas no prescribe reglas de adscripción a ciertos grupos familiares; no existe equivalencia estricta entre afiliación y adscripción patronímica. Los derechos correspondientes a la pertenencia a un grupo por afiliación -sobre el acceso a la tierra por ejemplo- dependen de un conjunto más amplio de pertenencias sociales y *geográficas*. Volveremos más adelante sobre este punto.

### **Familias y hogares, hacia una mayor individualización**

A partir del criterio de coresidencia “habitual” (la mayoría del tiempo), se identificaron “unidades domésticas residenciales” o “casa” (que comparten fogón para hacer la comida). Estas corresponden a núcleos familiares elementales simples (padres e hijos), sean “completos” o parciales (ausencia de uno de los padres) o a veces ampliados (presencia de otros miembros familiares, casi siempre nietos confiados a sus papás por los hijo/as emigrado/as). Esta tipología, clásicamente utilizada en antropología y demografía, contempla igualmente las unidades unifamiliares y las “complejas”.

En Bellavista el registro de 46 de las 54 casas habitadas en el momento del trabajo de campo arrojó los resultados siguientes:

- 28 casos de núcleos elementales simples (nuclear): completos 25, parciales 3;
- 12 casos de núcleos elementales ampliados (casi siempre con nieto/as): completos 8, parciales 4;
- 5 casos de núcleos uni-familiares: hombres “dejados” (2) o con su familia en Tumaco (3);
- 1 solo caso “complejo”, con convivencia de dos hermanas y sus hijos, más el cónyuge de una de ellas.

En Bellavista las familias “elementales”, sean completos o parciales, reúnen a más de 85% de los casos. Por otro lado, excluyendo a los núcleos uni-familiares, los jefes de familia sin pareja presente en el hogar representan un 15% de los casos y son tanto hombres (3) como mujeres (4). Sólo existe un caso de unidad “compleja”, que combinan varios núcleos familiares elementales (al contrario de Salahonda descrito en 1975 por N.Motta, donde esta situación era común).

Estas configuraciones familiares no corresponden a la imagen clásicamente difundida acerca de “la familia negra”, que suele mencionar una matrifocalidad generalizada, unidades extensas y hogares complejos, con altos porcentajes de jefes de hogar sin pareja, en general mujeres, etc.<sup>6</sup> Al contrario, se nota una gran diversidad de situaciones en una misma vereda, tal y como existe en otras partes del país en distintas épocas (cf. Aprile 1998, sobre ciudades del interior, en el siglo XVIII).

Otro rasgo que encontramos y no corresponde a la imagen estereotipada de “la familia afrocolombiana” es la relativamente poca importancia de las uniones múltiples simultáneas, sea en la misma vereda o en veredas y hasta ríos distintos: encontramos sólo dos casos en Bellavista, entre 57 jefes de familia, y dos en Santa Rosa, entre 72.

Las uniones múltiples sucesivas están en cambio muy difundidas, tanto para hombres como para mujeres, sobre todo en las generaciones anteriores a la actual.

cuadro 2a: Bellavista, personas con uniones sucesivas

G3: 8 hombres de 16; 2 mujeres de 4, total 50% de la generación
G4: 6 hombres de 18; 3 mujeres de 11, total 31% de la generación
G5: 2 hombres de 5; 2 mujeres de 6, total 36% de la generación

cuadro 2b: Santa Rosa, personas con uniones sucesivas

<sup>6</sup> Principalmente la corriente representada por Gutiérrez de Pineda (1968) y difundida después entre los responsables de políticas familiares y antropólogos. Pero ya existen varios estudios que van en sentido contrario, como la de AM Losonczy: “Estamos lejos de la imagen caótica de una “familia matrifocal” exclusiva y de la paternidad únicamente biológica del hombre negro, vagabundo sexual irresponsable”, y subrayaba la necesidad de “registros genealógicos detallados, puestos en relación con las prácticas residenciales” (Losonczy 1992:156).

G2: 6 hombres de 9; 5 mujeres de 12, total 52% de la generación  
 G3: 15 hombres de 41; 4 mujeres de 22, total 30% de la generación  
 G4: 3 hombres de 33; 1 mujeres de 26, total 7% de la generación

En la actualidad sin embargo las uniones tienden a estabilizarse. Entre los cónyuges actuales nacidos en Bellavista por ejemplo, 60% de los hombres y 68% de las mujeres tienen uniones únicas y estables (población de más de 40 años, 61 cónyuges en total). De la misma forma en el Chocó de los años 1980, “la inmensa mayoría de las alianzas son uniones consensuales estables cuya legitimidad sociológica y genealógica intra-comunitaria no está sancionada por la forma jurídico-ritual del matrimonio católico” (Losonczy 1992:144).

Por lo general en efecto, se habla de “unión” sin mencionar si se trata de un matrimonio legalizado o no, civil o por la Iglesia, ya que este primero es escaso y no es realmente valorizado; principalmente responde a las posibilidades financieras y *administrativas* de realizarlo a un momento dado (por ejemplo cuando se da una correría de algún sacerdote, o ceremonias colectivas en Tumaco). A nivel del Pacífico, se estima en la actualidad a 20% la proporción de uniones “legalizadas” (Manuel Palacios, conferencia UNIVALLE, oct.1997), y en el río Mejicano sería del mismo orden<sup>7</sup>.

Esta baja tasa de legalización de las uniones se puede interpretar como simple reflejo de la falta de recursos financieros o de la ausencia de curas o agentes del Registro Civil susceptibles de promover el acto de legalización. Siguiendo a Bourdieu que subraya el papel de las instituciones (Estado e Iglesia principalmente) en la construcción de la normatividad familiar y el conformismo social que conlleva, también podría interpretarse como una expresión de la “libertad” (algunos dirían resistencia<sup>8</sup>.) que siguen gozando y reivindicando en la práctica gran parte de las poblaciones negras del Pacífico respecto a las normas rígidas de los modelos andinos (de la familia, de relaciones de poder, etc...) Es decir, la no legalización de las uniones corresponde a una débil valoración social de este tipo de norma social, en la medida en que no coincide con la vivencia del Pacífico que privilegia otros tipos de estructuras socio-familiares.

### **Identidades y apelaciones: los universos de “comunidad”**

Al saludarse dos personas desconocidas una por la otra, en los muelles, en las calles o en un río, usan términos como “mi gente”, “familia”, “pariente”, “primo” o incluso “mi raza” y “mi sangre”, nociones todas que van en el sentido de afirmar una “macro-relación” de parentesco, una pertenencia a una misma “familia” virtual que sería la de las poblaciones negras del Pacífico, que han compartido cierta historia y especificidad frente a “los otros”, los que no son del Pacífico<sup>9</sup>. Encontramos así lo que Losonczy (1992) denomina los “lazos familiares indeterminados”. Al lado del núcleo familiar, sigue vigente una concepción algo ambigua, pero muy funcional en la cotidianidad, de una “comunidad” compartida entre “nosotros”, como se revela a través de los términos de apelación. La familia elemental se inserta así en redes más amplias de convivencia y solidaridades, que no tienen límites a priori sino que se pueden ampliar en cualquier lugar y momento.

Cuando el intercambio se prosigue, se identifican las personas por su apellido, inmediatamente asociado al río de origen (o al revés, el río y el apellido). El uno no va sin el otro, ya que el reducido stock de apellidos (por la misma historia de esclavitud donde era común que los amos dieran su apellido a los esclavos) no permite “ubicar” por sí solo a las personas: hay Quiñoñes, o Mosquera, en todo el Pacífico. La “ubicación” (del otro) y la “identificación” (de sí mismo frente al otro) pasa entonces por la doble referencia al grupo de parentesco y al lugar de origen. Ambas referencias son construcciones sociales, y como tales están sujetas a modificaciones y manipulaciones por los propios interesados: ya lo

<sup>7</sup> Una muestra realizada en los registros de bautizos de la parroquia de Tumaco en 1903 (240 casos) revela un 33% de hijos “legítimos”, frutos de uniones legalizadas, y un 66% de hijos “naturales”. Según estas cifras, la proporción de uniones legalizadas no sólo no estaría creciendo, sino al contrario en disminución...

<sup>8</sup> Hace más de dos siglos, los pobladores de Tumaco se rebelaron gritando “viva el amancebamiento” contra los representantes de la Corona que pretendían imponer -y de hecho lo hicieron, 13 meses más tarde - nuevas normas económicas y nuevo orden en esta región. Fue la “rebelión de Tumaco” de 1782 frente a las reformas borbónicas (cf. Zarama 1990).

<sup>9</sup> En Chocó parece existir además la noción de “chocoanidad” (Losonczy 1992) que no parece tener equivalente en el litoral de Cauca o Nariño.



vimos acerca de las genealogías y del uso de patronímicos, también se da en cuanto al “lugar de origen”, noción más compleja de lo que parece, como veremos más adelante.

Este doble mecanismo de reconocimiento excluye de hecho a los “de fuera”, que en Nariño son nombrados como “los blancos” y “los indígenas”. Los primeros se dividen entre Pastuzos o Serranos, Vallunos y Paísas, tres grupos que no se mezclan mucho y son fácilmente reconocibles por sus actividades, sus comportamientos y su ubicación en el espacio regional y urbano. En los ríos se distingue, entre los indígenas, los “indios” (Eperara-Siapidara con los cuales existen relaciones antiguas) y los “naturales” - “no civilizados” - que son los AWAS residentes en el piedemonte y en proceso de inmigración hacia la parte baja desde hace unas tres décadas (cf. Osborn 1991).

Sin embargo es capital notar que las denominaciones utilizadas no tienen relación directa ni sistemática con el fenotipo de la persona. Un blanco de Tumaco puede ser llamado “familia” en tanto sea nativo de Tumaco y comparte la vida de las poblaciones negras, un amigo paísa podrá ser llamado “primo” si se queda mucho tiempo y comprueba por su actuación su respeto a los valores de la población mayoritaria. Las relaciones entre poblaciones negra e indígena son más tensas y complejas, aun si han existido uniones entre ambas desde generaciones atrás.

### **Parentesco y fundación/desarrollo de las veredas: las etapas de la integración**

El patrón histórico de poblamiento se dio en el Mejicano como en otras partes del Pacífico: llega una pareja, o unas parejas, que atraen a sus parientes o amigos y poco a poco se desarrolla y “funda” un pueblo (para más detalles sobre este proceso, ver Hoffmann 1997b y sobre todo Aprile-Gnisset, 1993 y 1998).

En Bellavista, la fundadora principal, Balbina de la Cruz, llega a finales del XIX con su esposo Daniel Quiñones, de Barbacoas y abarca los primeros terrenos, frente al río. Cuando los hijos empiezan a crecer “invitan” a otras parejas instaladas en las cercanías o todavía residentes en Barbacoas, a venir instalarse en Bellavista. Esta “invitación” se acoge favorablemente por los que llegan debido a la disponibilidad de tierras en ausencia de pobladores anteriores - no se menciona población indígena en estos parajes - o incluso a la donación de terrenos de parte de los fundadores.

En la vereda, ya consolidada ya que cuenta con cerca de 300 habitantes, casi todos los individuos caben en unos cuantos árboles genealógicos. De hecho, a parte de la “rama” Quiñones (los fundadores), son cuatro ramas familiares que contribuyeron al poblamiento del pueblo.

Unos llegaron de Barbacoas huyendo la guerra de los Mil Días, otros de Timbiquí (Cauca) buscando trabajo y sustento que no encontraban en aquel lugar, los terceros desde esteros vecinos, atraídos por la posibilidad de explotar las tierras (recolección de tagua y cultivos). En general, a excepción de los últimos, no llegaron directamente sino que pasaron algún tiempo en veredas vecinas como Santa Rosa, San Agustín o Imbipí ([figura 3](#)). Casi todos llegaron en pareja, y en la segunda y sobre todo la tercera generación, se entablan uniones con descendientes de los fundadores.

El cuarto grupo familiar, de igual antigüedad en el Mejicano ya que llegaron casi al mismo tiempo que los Quiñones, en un codo vecino del mismo río, por las mismas razones (la guerra de los Mil Días), del mismo lugar (Barbacoas) e incluso con algunos lazos de parentesco previos, paradójicamente no establecieron uniones con los Quiñones. En la vereda, ocupan un lugar a parte (“los del otro lado”, “los de arriba”, “los Torres”), donde les alcanzó más tarde otro grupo familiar, de un aldea vecina, que apenas empieza a entablar uniones con los demás de la vereda.

Finalmente otro modelo está conformado por hombres que llegaron solteros, sean “andariegos” o “guerreantes” de los Mil Días o de confrontaciones ulteriores, y que encontraron en Bellavista un lugar donde quedar, integrándose pronto, por unión, en el “grupo de los fundadores”.

La fisionomía de la vereda traduce estas dinámicas pasadas, aunque las evoluciones más recientes borran o modifican los patrones espaciales anteriores. Se distinguen rasgos de lo que Aprile denomina “barrios de parentela”, por ejemplo en el grupo de casas conocidas como “los de en frente”, que son unas cuatro casas de hermanos que heredaron de su padre. El caso “de los Torres”, ya mencionado, sería otra ilustración de estos barrios donde predominan lazos estrechos de parentesco ([figura 4](#)).

A lo largo de la calle principal perpendicular al río, en la parte baja, predominan viviendas de los fundadores. Es la zona de primera expansión de la vereda, donde a penas empiezan a insertarse viviendas habitadas por recién llegados, o miembros de otras ramas familiares. Probablemente fue también un “barrio de parentela”, que hoy empezó su diversificación<sup>10</sup>.

En la parte alta y alejada del río, se instalaron poco a poco el parque, la escuela, la casa del Convenio (1989), la de la maestra, recientemente el centro de salud (1998), hasta llegar a la capilla y más allá a la cancha, sin olvidar el templo evangélico. Ahí las viviendas de los distintos grupos familiares están más mezcladas: es un espacio más reciente, representativo de la “modernidad”, construido con - y muchas veces por - instituciones “exteriores” a la comunidad, aunque todas tengan reivindicaciones de trabajo comunitario: la iglesia, el convenio CVC, Plan Padrino, el municipio, algún concejal, etc... Las construcciones están hechas de material duradero (cemento) a diferencia de las casas de madera de los moradores<sup>11</sup>, y responden a las necesidades y las actividades ligadas a la sociedad “global”. Ahí el ordenamiento espacial ligado al parentesco se vuelve más borroso, aunque el proceso de reparto por herencia siempre tiende a reconstruir “micro áreas” compartidas por hermanos o primos.

En Santa Rosa el proceso fue un poco distinto. Fueron cuatro parejas que llegaron aproximadamente a la misma fecha (finales XIX), desde Ispi (río en el municipio de Barbacoas), Barbacoas y Magui. Casi todos aluden a la guerra de los Mil Días cuando cuentan su historia de llegada. Se instalan en rumbos vecinos - Propicia, el Derrumbo, el estero - y a finales de los años 1920, bajo la influencia de la Iglesia - incluso del propio “obispo” que regaló la imagen de la patrona y venía cada año para decir misa - se reagrupan en lo que hoy es el pueblo. Se recuerda un anciano : “se juntaban los domingos, o para fiestas. Cuando era niño, el poblado ya estaba reagrupado, ya estaba la escuela. Nací en una casa a una hora de aquí, y una vez fuimos a ver a la familia a Ispi, dos días caminando” (Ricardo Q., 70 años). Desde un principio delimitan la “plaza” y la cuadrícula de las “calles” (cimentadas sólo en los años 1990 con el apoyo de la CVC), construyendo la capilla en la colina que domina el río y previendo el lugar de la escuela. Aquí no hay “un fundador”, sino varias ramas familiares que todas participaron a la fundación y entre las cuales se entretejieron relaciones familiares particularmente densas. En “el centro” del pueblo las viviendas de las distintas ramas familiares están mezcladas, sólo en los márgenes río arriba y río abajo del pueblo, se notan agrupaciones de vivienda de una misma parentela ([figura 5](#)).

Qué concluir de estos dos casos? En Bellavista, el parentesco parece discriminante en el proceso de poblamiento y organización de la vereda. Tanto las referencias cotidianas al “grupo de los fundadores”, que sea para bien (“los que hicieron el pueblo”) o para mal (“los que se creen los amos del pueblo”), así como la misma configuración espacial de la vereda, indican una organización que se relaciona con la ubicación de los pobladores en una trama jerarquizada de parentesco, donde los mecanismos de inclusión social pasan por las alianzas matrimoniales (concepto discutido en Hoffmann 1997b).

Pero a la vez, existen espacios a los márgenes del pueblo, tanto físicos como sociales y simbólicos, donde los habitantes no “acataron” estas lógicas de integración vía el parentesco, a pesar de tener varias generaciones allí (Los Torres). No por eso no se les reconoce como “de Bellavista”.

Al contrario, en Santa Rosa las relaciones de parentesco se volvieron tan generalizadas que no propician, ni en el espacio ni en los discursos de sus pobladores, una jerarquización entre unos y otros habitantes, y no se reconocen “fundadores” de mayor legitimidad que otros.

### **Parentesco y acceso a la tierra<sup>12</sup>:**

<sup>10</sup> Esta se da mediante el abandono de las casas viejas y su reconstrucción en otra parte por los mismos dueños, o en el mismo lugar por otra gente. En Bellavista se contaron así unas 13 casas “destruidas” (de 54 hoy habitadas), liberando espacios disponibles para nuevas construcciones.

<sup>11</sup> Quedan incluso unas tres casas con techo de paja, huellas de las construcciones tradicionales hasta los años 1970.

<sup>12</sup> Los datos provienen de un trabajo de tesis en sociología, llevado a cabo por Nelly Rivas en la Universidad del Valle, Fac. de Ciencias Sociales y Económicas: Territorialidad y derechos de propiedad en el río Mejicano, Tumaco (Nariño).

A partir del trabajo ya citado de Nina de Friedemann en Guelmambi, se reconoció la importancia de la correspondencia existente entre relaciones de parentesco, alrededor de la figura del ancestro focal, y reglas de acceso al territorio y a sus recursos (cf. cita arriba). Sin embargo en el litoral de Nariño, las condiciones son muy distintas a las imperantes en el río Guelmambi de los años 1960: aquí no hay recursos mineros, y la tierra no estaba, hasta hace algunos años, un bien escaso que necesitaba una regulación compleja. No encontramos pues, ni en los discursos ni en las prácticas (reconocidas a partir de los registros de parcelas), reglas de acceso que excluyeran algún individuo o grupo en función de su pertenencia a una u otra rama familiar. Sin embargo tampoco está el espacio abierto a todos en cualquier situación.

El análisis preciso de las tierras de cultivo de unos 31 personas en Bellavista, y 25 en Santa Rosa, (respectivamente 50 y 35% de los jefes de hogar presentes) muestra algunas constantes.

La localización de las parcelas en Bellavista indica una búsqueda de diversificación y complementareidad a nivel individual. Cada persona combina tierras en guandal, aptas para coco, con tierras de lomas (cacao y frutales) y a veces un “respaldo” no cultivado, con un fraccionamiento entre 5 a 6 lotes que traduce lógicas de aprovechamiento de los recursos y repartición de riesgos (cuando no hay coco, se sobrevive con el cacao).

Las variaciones en el tamaño de los predios, así como del conjunto de posesiones por individuo (de 3 a 50 y hasta 200 hectáreas en posesión acumulada, por persona), no se corresponden con categorías basadas en el parentesco. Los fundadores no tienen más que los más recientemente llegados. La estratificación, que sí existe, se relaciona más bien con las nociones de “líderes” (que no equivalen ni se superponen a los de fundadores) o de disponibilidad en mano de obra, o incluso con la necesidad de asegurar patrimonio para descendientes numerosos.

En la cartografía de las parcelas de cultivo no aparecen claramente “tierras familiares” señaladas en algunos informes de la CVC, sino que cada miembro aprovecha las oportunidades que se le ofrece mediante compra, alianza (las tierras de su esposa) o posibilidad de “abrir” tierras en los centros. Sin embargo los repartos de tierras por herencia sí inducen cierta proximidad entre parcelas de miembros de una misma familia: los Quiñones tienden a tener sus tierras en los esteros Pambil y Guayabo, los otros concentran sus parcelas en Las Cruces y la parte baja del río. Esto no significa que haya exclusión, y menos prescripción, de ciertos derechos territoriales a ciertos miembros de la vereda en función de su adscripción a grupos familiares.<sup>13</sup>

### **Espacio matrimonial y movilidad**

Este tema ya se trató en otro artículo (Hoffmann 1997b). Solamente retomaré algunas conclusiones y discusiones del modelo presentado.

En la actualidad, para las veredas del Mejicano, existe un espacio matrimonial “fragmentado” donde no aparecen orígenes preferenciales de los cónyuges, ni en el plano social (entre primos) ni en el espacial (endogamia del río) como puede existir en el Chocó (Losonczy 1992). Y por supuesto ya está lejos el tiempo en que los ancianos decidían de las uniones por “encargo anticipado”, incluso desde el nacimiento (cf. Perea Díaz 1990).

En las generaciones anteriores a la actual se pudieron visualizar algunas tendencias (reiteración de uniones -hermanos con hermanas- con ciertos ríos o entre ciertas familias) e incluso un “área matrimonial” constituida por los lugares de origen de los cónyuges (tanto hombres como mujeres), en este caso la zona de la ensenada de Tumaco, a exclusión de ríos más alejados al norte (la costa de Nariño) o al sur (río Mira-frontera).

Sin embargo para los más jóvenes, el espectro se amplió considerablemente hacia la ciudad de Tumaco, y sobre todo, ahora, hacia “fuera”, lugares y ciudades lejanas (ver datos en anexo).

<sup>13</sup> Me refiero aquí al espacio geográfico y social que corresponde a una vereda (Bellavista) y a un río (el Mejicano). A otro nivel, sí existen restricciones de acceso para los no residentes en el río, que sólo se pueden sobrepasar mediante unión matrimonial con algún miembro del río.

En estas circunstancias, y en vista de la considerable movilidad que afecta tanto a hombres como a mujeres, no se puede pretender analizar las uniones matrimoniales actuales en términos de estrategias de acceso a recursos o estrategias residenciales<sup>14</sup>. Más bien se enmarcaría en tres líneas posibles de interpretación:

-lo que hoy se constata es un simple efecto del aumento de la migración. Si en los años sesenta la movilidad afectaba sobre todo a los jóvenes hombres, hoy son las mujeres que salen, muchas veces definitivamente, de los pueblos para ir a trabajar en Cali o Bogotá<sup>15</sup>. Ahí entablan uniones más o menos duraderas, pero no necesariamente con hombres de Tumaco, ni del Pacífico.

-estaríamos en un momento de transición entre un modelo “tradicional” donde sí imperaban algunas lógicas de alianzas matrimoniales territorializadas (las “áreas matrimoniales”), y un modelo “moderno” donde desaparecieron los fundamentos de estas lógicas (acceso a territorios y recursos).

-finalmente, podemos observar a pesar de todo la permanencia de cierta preferencia entre los jóvenes, en cuanto a los lugares de origen de sus cónyuges, donde la ensenada aparece como un espacio privilegiado, donde se reactualizan los lazos de parentesco y se reproduce una identidad “de los ríos” frente al exterior (incluyendo a Tumaco y las otras zonas del municipio en “el exterior”).

### **Conclusión: el parentesco y el espacio local, las dos fuentes de identidad**

El caso del río Mejicano no corresponde con la imagen comúnmente difundida acerca de los grupos negros del Pacífico. La poliginia existió en un pasado reciente, pero ya no es ni sistemática ni mayoritaria. Al contrario, las uniones de hoy son más bien estables en el tiempo y el espacio: las uniones únicas y con una sola residencia no son la excepción, aún las contractadas hace 20 o 30 años. Se confirma así la hipótesis de G.Mosquera (1993) que relaciona la inestabilidad matrimonial a la precariedad de los lugares: cuando se consolidan las veredas, consolidación que se puede medir a la fisonomía “urbana” de los pueblos y su crecimiento demográfico, cuando gozan de cierto equilibrio económico, las uniones y las residencias tienden a estabilizarse. La movilidad tradicionalmente asociada a las poblaciones negras del Pacífico no es una característica “cultural”, sino más bien un comportamiento de adaptación a las condiciones particularmente frágiles y fluctuantes de vida en el litoral. Si estas condiciones llegan a cambiar, se modifican ciertas pautas del comportamiento.

En los dos pueblos estudiados con detenimiento, se verifica una bilinearidad estricta en cuanto a la transmisión de los bienes (de padre y madre a hijos e hijas), la residencia (neoresidencia generalizada, a fuera de la vereda o en la misma vereda) y las alianzas matrimoniales (el universo y las direcciones de intercambio de cónyuges son idénticos para mujeres y para hombres). Aparecen distinciones en función del género cuando se trata de la emigración: hoy, las mujeres emigran más y más lejos que los hombres. Es frecuente encontrar veredas “sin” mujeres jóvenes, lo que es objeto de quejas de parte de los jóvenes que se quedan todavía en la medida en que tienen tierras o trabajo en la vereda.

Pero aún siendo vecinas de un mismo río, las dos veredas se diferencian por algunos aspectos, que quiero resaltar en la medida en que demuestran que existe un amplio espectro de comportamientos posibles, que éstos no son “culturalmente” determinados sino que responden a particularidades de cada vereda.

<sup>14</sup> A partir de ahí se modificó la concepción misma de la unión, y no se puede seguir diciendo, como un anciano citado por Perea (1990): “uno no sólo se casa con la mujer, esa relación de noviazgo también compromete a los viejos”.

<sup>15</sup> Whitten, para Ecuador de los años 1960, nota que que los hombres viajan y “cada pueblo tiene más mujeres solas (cuyos hombres les han dejado para viajar) que hombres sin mujeres” (Whitten, 1992:11). Por su parte en Salahonda, 1975, Motta asevera que “dos de cada tres muchachos se hallan “andando” o “andan caminando” en otras regiones de Colombia”, resultando una emigración femenina muy inferior a la masculina (Motta, 1975:67 y 69). En la actualidad son las mujeres que más migran. En 106 veredas censadas por el SISBEN de Tumaco en 1994, la tasa promedio de masculinidad era de 108,9 hombres por 100 mujeres, y cerca de una cuarta parte de ellas conocen tasas superiores a 122 hombres/100 mujeres, para el conjunto de la población. Obviando a los niños estas tasas serían por supuesto mucho más elevadas (cf. Hoffmann 1997a).

Bellavista, una rama familiar que recibe y absorbe nuevos inmigrantes, mediante alianzas matrimoniales	Santa Rosa, 4 ramas, 6 familias que se reúnen para vivir juntos, además de establecer relaciones con otros
alianzas matrimoniales preferenciales en los ríos de la ensenada, luego en el Mejicano Menor endogamia Menor poliginia Mayor emigración menos doble residencia (Tumaco/río)	alianzas matrimoniales preferenciales en el río Mejicano, luego en Chagui y la ensenada Mayor endogamia Mayor poliginia Menor emigración Más doble residencia (Tumaco/río)
Una vereda volcada hacia el exterior y la ensenada actividades comerciales importantes (coco) Un esquema "moderno" ?	Una vereda autocentrada "somos de tierra" actividades de recolección importantes (madera, cacería) Un esquema "tradicional" ?

Los dos modelos implican una alta movilidad, pero no en los mismos espacios ni de la misma forma (definitiva o temporal, alternada o con coresidencia). Ambos incluyen además una diversidad interna de estrategias, que corresponden a comportamientos a veces “familiares” (en el caso de las estrategias matrimoniales, cf. Hoffmann 1997b), a veces individuales.

Finalmente concluiré por una discusión acerca de las relaciones entre parentesco y territorio. En la actualidad, la alianza casi nunca desemboca en el acceso efectivo a recursos localizados en territorios de los cónyuges. La migración - muy frecuente entre los jóvenes, solteros o casados - implica en efecto el abandono, aun sea temporalmente, del uso de los recursos locales. Los originarios de una vereda gozan de la posibilidad de acceso a las tierras de sus padres, o de las que quedan “baldías” (“los centros”), pero esta posibilidad únicamente se da en caso de presencia efectiva. Salvo contadas excepciones, los emigrantes no arriendan sus tierras cuando se van, sino que las dejan sin uso, o las confían a un familiar, compadre o amigo cercano, sin garantía de retribución. No existe fenómeno de renta que permita gozar a distancia de la explotación de una tierra. Los migrantes conservan sus derechos en la migración, y heredan al igual que sus hermanos(as) residentes a la muerte de los padres. Pueden en este momento volver a trabajar su parte de herencia o venderla.

Es difícil en estas condiciones imaginar un sistema en el que las estrategias matrimoniales tiendan a asegurar el acceso a recursos materiales y territorializadas. En cambio, se puede pensar que apuntan a la construcción y el fortalecimiento de lazos sociales activables en otros campos como son el de la política (co-clientes de un mismo patrón político), de la solidaridad (intercambio de servicios y bienes de uso cotidiano) o del orden simbólico (intercambio de rituales en las fiestas, invitaciones recíprocas, compadrazgos). Nos acercamos ahí a lo que encontró Losonczy (1992) en el Chocó cuando describe el intercambio de rituales como base de la política local, yo añadiría de la convivencia pacífica.

Otros argumentos van en el mismo sentido. En efecto la interpretación clásica que relaciona parentesco, territorio y recursos presupone la escasez de los bienes localizados en el territorio, lo que efectivamente era el caso de la región aurífera de Guelmambi por ejemplo. El acceso al recurso depende ahí de la pertenencia a un grupo que controla los derechos de propiedad sobre este recurso. Pero en la zona del litoral, no minera, los recursos materiales en sí no son “escasos”. La tierra existe en abundancia, por lo menos es ahí la representación la más difundida aun si de hecho las buenas tierras empiezan a agotarse. El acceso a las tierras depende más de la presencia efectiva, de la implicación y participación a la construcción y reproducción del espacio local, que de lazos de parentesco reales o contruidos<sup>16</sup>. Para quien habita el Pacífico, siempre será posible encontrar un pedazo de tierra para sembrar, además de tener acceso a los recursos de “los centros” (cacería, maderas para la construcción, recolección)<sup>17</sup>. La condición está en la pertenencia al

<sup>16</sup> N. de Friedemann lo admite en su modelo, cuando precisa que los derechos adquiridos via alianza son derechos “latentes” que son activados al momento de la instalación de la pareja en el territorio que abriga el recurso.

<sup>17</sup> Decir que la tierra no es escasa no significa la ausencia de diferenciación interna en cuanto al acceso a los recursos: tamaño de los lotes, ubicación, calidad de los suelos son tantos elementos que caracterizan “la tierra” y favorecen la estratificación entre miembros de la vereda. Además, existen ya situaciones marcadas por la carencia de tierras, en particular en el área de la carretera, en Tumaco.

lugar, más que a uno u otro grupo de parentesco. El foráneo que pasa no tiene por supuesto ningún derecho sobre los recursos locales, pero el recién llegado, si muestra señales de una instalación duradera y aun antes de establecer alguna unión con una mujer de la vereda, puede aspirar y obtener una tierra para trabajar -siempre y cuando acepte las condiciones difíciles cuando se trata de “abrir” una tierra lejos del pueblo.

El bien codiciado no es tanto la tierra potencialmente adquirida vía la alianza, sino el espacio al que se puede adherir y las parentelas que así se amplían. El espacio de pertenencia se convierte en capital social o político, y este capital vale más, muchas veces, que la tierra misma o sus producciones. Ampliar las alianzas permite consolidar el tejido relacional que “ubica” el individuo en la sociedad local y le confiere identidad y legitimidad social. La relación social no es un medio para acceder o controlar ciertos recursos, espacios o derechos; es, en sí, el recurso buscado<sup>18</sup>.

En un medio en el que los lugares no son portadores de signos ni cargados de simbolismo como puede ocurrir en otras sociedades, hay que marcar el espacio para diferenciarlo y poder así valorarlo. Esta necesidad de “marcar” el territorio se traduce en la construcción de redes sociales, en primer lugar redes de parentesco, que imprimen el espacio y le dan una identidad, recuperable después para otros fines. Se identifica el espacio para poder identificarse a él. W.Villa va en la misma dirección cuando subraya que en el Pacífico, la identidad viene del lugar, solamente que previamente hay que “crear” este lugar y darle significación mediante la inscripción social.

---

<sup>18</sup> O sea, habría una inversión de causalidad entre parentesco y territorio, en relación a las teorías clásicas del parentesco, tal como lo plantea Kuper cuando incita a “abandonar la ilusión de una sociedad primitiva basada en el parentesco, que nace como oposición a la sociedad basada en el territorio” (citado por González Echavarría 1994). En un sentido más amplio, este autor indica la necesidad de relativizar los pesos respectivos y las relaciones entre filiación y alianza (como lo hace F.Héritier), filiación y afinidad, filiación y residencia, para entender los procesos ligados al parentesco.

## BIBLIO

- Aprile-Gnisset, Jacques. 1993. *Poblamiento, habitats y pueblos del Pacífico*. Universidad del Valle. Cali..
- Aprile-Gnisset, Jacques. VIII Congreso de Antropología, 5-7 de diciembre de 1997, Santa Fe de Bogotá (en prensa).
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1998. La Ciudad colombiana, Ed. Universidad del Valle, 303p.
- Arocha, Jaime. "La ensenada de Tumaco: invisibilidad, incertidumbre e innovación". *América negra*. N°1 Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 1991.
- Bott, Elizabeth, 1957. Family and social network, Londres.
- Bourdieu, Pierre, 1997. El espíritu de familia", Anexo en P.Bourdieu, Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Anagrama, Barcelona.
- Cucalón María Teresa y Claudia Liliana Martínez, 1993. Familias negras en el Bajo San Juan, tesis de pregrado, UNIVALLE, Fac. de Educación, Cali.
- Elias, Norbert y Scotson, John L., 1997 (1965). Logiques de l'exclusion. Paris, Fayard
- Escobar, Arturo y Alvaro Pedroza, 1996. Pacífico, ¿desarrollo o diversidad? ECOFONDO-CEREC, Bogotá, 373p.
- Friedemann, Nina S. de. "Güelmambí: formas económicas y organización social". *Revista colombiana de antropología*. Vol XIV. Bogotá. 1969.
- Friedemann, Nina S. de. "Minería del oro y descendencia: Güelmambi, Nariño". *Revista colombiana de antropología*. N°16. Bogotá. 1974.
- Générations et filiation. 1994. Revista Communications n°59, Paris, Seuil.
- González Echevarría, Aurora, 1994. Teorías del parentesco. Nuevas aproximaciones, Madrid, Eudema, 112p.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia, 1968. Familia y cultura en Colombia. Ed. Tercer Mundo-Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Hoffmann, Odile (a) SISBEN de Tumaco: Una aproximación cartográfica a los datos. Documento de trabajo N°33, CIDSE-ORSTOM, Univalle, Cali, 1997.
- Hoffmann, Odile (b) Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico, en Camacho, Juana y Eduardo Restrepo (comp.). De monte, río y ciudad: territorios e identidades de gente negra en Colombia. Cerec-Natura-Ican (en prensa).
- Lemos, Sandra Patricia y Ruben Darío Rodríguez, 1992. Subjetivación y autonomía corporal en la crianza infantil en familias negras, tesis UNIVALLE, Dpto de Psicología, Cali.
- Losonczy, Anne Marie. *Les saints et la forêt: système social et système rituel des negro-colombiens: échanges inter- ethniques avec les embera du Chocó (Colombie)*. Tesis de doctorado. Université libre de Bruxelles. 1992.

Mosquera, Gilma. “La vivienda en el Chocó” En: *Colombia Pacífico*. Tomo II Pablo Leyva (Edt.). Fen-Biopacífico. Bogotá. 1993.

Motta, Nancy, 1975. Estratificación social en Salahonda, Tesis, Universidad del Cauca, Popayá.

Oliveira, Orlandina de., Marielle Pépin Lehalleur y Vania Salles, 1989. Grupos domésticos y reproducción cotidiana. El Colegio de México-MA Porrúa, México.

Osborn, Ann.1991. Estudios sobre los indígenas Kwaiker de Nariño. Colcultura-ICBF-ICAN, Bogotá, 289p.

Perea Díaz, Berta Ines, 1990. Estructura familiar afrocolombiana, Working Papers HEGOIA, nº5, Bilbao, España.

Quintín, Pedro, 1997. Memorias y relatos de lugares, en Camacho, Juana y Eduardo Restrepo (comp.). De monte, río y ciudad: territorios e identidades de gente negra en Colombia. Cerec-Natura-Ican (en prensa).

Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (Eds). *Renacientes del guandal: “grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga*” Biopacífico-Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Bogotá. 1996.

Villa, William. “Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano”. *Comunidades negras: territorio, identidad y desarrollo*. Ican. Bogotá. 1994.

Villa, William. “Ecosistema, territorio y desarrollo”. *Comunidades negras: territorio y desarrollo*. Esteros. Medellín. 1996.

Whitten, Norman. *Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia*. Centro cultural Afro-ecuatoriano. Quito. 1992.

Young AF. y Willmott, P. 1962. Family and kinship in East London, Londres

Zarama Rincón, Rosa Isabel. Tumaco 1781-1783. Tesis, Universidad Javeriana, 1990, Bogotá



## ANEXOS

cuadro 3: proporción de descendientes que se quedan en la vereda (tasa de retención)

Bellavista, 1 rama familiar	Santa Rosa, 4 ramas, 6 parejas
G1: 8 hijos G2: 6 de 8 G3: 15 de 54: 27% G4: 17 de 69: 24%	G1: 23 hijos G2: 16 de 23: 70% G3: 32 de 79: 40% G4: 55 de 113: 49%

cuadro 4: lugares de residencia, por generación

generación	residencia de los nativos de Bellavista					residencia de los nativos de Santa Rosa				
	Tumaco	ríos	Otros	sin dato	total	Tumaco	ríos	Otros	sin dato	total
G2		6	2		8	1	21			23
G3 %	16- 29%	18 - 33%	7- 13%	13- 24%	54-	15 - 19%	51 - 65%	11 - 14%	2	79
G4 %	25 - 36%	24 - 35%	17 - 25%	6- 8%	69-	44 - 39%	48 - 42%	25 - 22%	6	113

-“ríos” indica tanto las mismas veredas como los ríos vecinos de la ensenada de Tumaco.

-“Otros”, incluye la ciudad de Cali, pero también las de Buenaventura, Medellín, Bogotá así como los Estados Unidos y Venezuela.

-“sd”, sin dato, concierne a los emigrantes de los que no se conoce la residencia, pero que de todas formas viven fuera de los ríos.

cuadro 5: lugares de origen de los cónyuges de G3 (Bellavista)

G3	total	Bellevista	ríos	Tumaco	Ecuador	B/tura	varios	s.d.	total cónyuges
mujeres	26	1	5	4	3	2	2	9	26
hombres	28	2	18	5	-	-	-	6	31
total	54	3	23	9	3	2	2	15	57

NB: de los 15 casos “sin datos”, 9 pertenecen a una misma familia emigrada sin dejar huellas. La categoría “varios” comprende las uniones múltiples sin coresidencia prolongada.

cuadro 6: lugares de origen de los cónyuges de G4 (Bellavista)

G4	total	Bellevista	ríos	Tumaco	Cali	s.d.	total cónyuges
mujeres	34	6	12	1	5	14	38
hombres	35	4	11	4	2	18	39
total	69	10	23	5	7	32	77

cuadro 7: lugares de residencia de los miembros de G3 (Bellavista)

originarios G3	total	Bellevista	ríos	Tumaco	Ecuador	B/tura	Cali	s.d.
mujeres	26	4	1	7	1	2	1	10
hombres	28	11	2	9	1	-	2	3
total	54	15	3	16	2	2	3	13

NB: de los 13 cas no informados (sd.), 8 provienen de la misma familia, ya mencionada.

cuadro 8: lugares de residencia de los miembros de G4 (Bellavista)

originarios G4	total	Bellevista	ríos	Tumaco	Cali	B/tura	Otros	s.d.
mujeres	34	6	3	12	4	3	1	4
hombres	35	11	4	13	2	2	5	2
total	69	17	7	25	6	5	6	6

NB: el total no corresponde a la adición de los casos ya que incluye a los doble-residencia (una mujer y cuatro hombres).

cuadro 9: origen de los cónyuges y residencia: la no-coincidencia

originarios de Bellavista	cónyuges originarios de Bellavista	cónyuges originarios de los ríos	residencia en Bellavista	residencia en los ríos
G3 mujeres	1	5	4	1
G4 mujeres	6	12	6	3
total mujeres	7	17	10	4
G3 hombres	2	18	11	2
G4 hombres	4	11	11	4
total hombres	6	29	22	6
<b>TOTAL (de 123)</b>	<b>13</b>	<b>46</b>	<b>32</b>	<b>10</b>